

Miguel Barrero

El rinoceronte y el poeta

Epifanía del Quinto Imperio

Alianza editorial

A mi madre, por todo

*Este sonho que sonhei
é verdade muito certa,
que lá da ilha encoberta
vos há de vir este Rei.*

António Gonçalves Annes Bandarra

El 20 de mayo de 1515 desembarcó en el puerto de Lisboa un rinoceronte que provenía del otro confín del mundo. El animal fue alojado en la casa de fieras que el rey Manuel I había dispuesto en el Paço da Ribeira, guerreó contra un elefante y acabó agotando sus días en el mar, allá por las postrimerías del mes de enero de 1516, cuando la embarcación en la que viajaba con dirección a Roma naufragó como consecuencia de una tempestad que rompió los cielos en el preciso instante en que rinoceronte y tripulación pasaban junto al estrecho de Portovenere, un lugar que los mapas ubican al norte de La Spezia, en la costa que llaman de Liguria. Quinientos años después, en una suntuosa mañana de agosto en la que el sol doraba los campos y un cielo azul llenaba de optimismo los designios de una tierra condenada, mientras viajaba a bordo de un tren que comunicaba el epicentro de la meseta castellana con la para él bellísima desembocadura del Tajo en el Atlántico, el profesor Eduardo Espinosa pensó en aquel rinoceronte y se preguntó, por primera vez, si su historia podría entretenerse de algún modo con la del poeta a cuyo estudio había dedicado la mayor parte de su vida. No fue,

sobra decirlo, un pensamiento ocioso: no lo era ninguno de los que cruzaban a lo largo del día por la mente de Espinosa, y podemos dar fe de que eran unos cuantos, pero la cuestión le asaltó tan de improviso que incluso él se sorprendió de que fuese allí mismo, en medio de un vagón de tren que se movía hacia su destino en una estupenda mañana de verano, donde se le plantease la posibilidad de una conexión estrambótica en la que podían anidar, ocultas, las claves de alguna clase de verdad. ¿Cómo saber dónde se encuentra lo evidente, si casi nunca se muestra por sí mismo a los ojos de los hombres? A Espinosa esta pregunta le pareció tan perfecta que resolvió apuntarla en el pequeño cuaderno que siempre llevaba consigo y que había tenido la prudencia de sacar de su maleta, antes de introducir ésta en el portaequipajes y acomodarse en el asiento, a fin de tenerlo a mano por si, como acababa de ocurrir, le hacía la inspiración alguna arrebatada visita en las largas horas que iban a transcurrir hasta que el viaje llegara a su término. Una vez escrita en una de las escasas hojas que quedaban libres, porque la libreta estaba a punto de acabarse, intentó volver a pensar en el rinoceronte, pero su mente se negó a obedecerle y prefirió recordar que el 29 de noviembre de 1935 ingresó en el Hospital de São Luís dos Franceses el oficinista Fernando António Nogueira Pessoa, en principio aquejado de un cólico hepático que posiblemente fuera en realidad una colangitis de carácter agudo causada por un cálculo biliar. Murió al día siguiente, debido a complicaciones que con toda seguridad tuvieron relación con el ingente consumo de alcohol en el que había incurrido a lo largo de su vida. Tenía 47 años,

y dicen que en el momento de exhalar el suspiro definitivo pidió sus gafas, acaso para poder contemplar mejor el final de sus propios días. El último verso que escribió estaba en inglés y rezaba: «*I know not what tomorrow will bring*». Los dos años acaban en cinco, dijo para sí Espinosa con tal recogimiento que parecía que estaba siendo depositario de una revelación. Acto seguido, se puso a hacer cuentas con los dedos, porque como buen letraherido no era hombre especialmente dotado para los números, y concluyó que entre la llegada del rinoceronte a Lisboa y el fallecimiento de Fernando Pessoa en el Hospital de São Luís dos Franceses habían pasado 420 años, y torció el gesto ante la evidencia de que no era aquélla una cifra tan redonda como para entrañar un significado oculto. Sin embargo, mientras trataba de recomponer un poco sus razonamientos, porque realmente pensó que aquella súbita asociación de conceptos podía ser síntoma de una inminente demencia, constató cómo la pregunta despuntaba primero en su subconsciente como el efímero fulgor de una chispa, se convertía luego en llamarada que prendía todos los rincones de la mente y, por último, emergía en un torrencial destello que quedaba extinguido uno o dos segundos después para volver, al cabo de un breve lapso, a iniciar el proceso completo. Era evidente que aquello no podía ser otra cosa que una astracanada, pero la cuestión resultaba tan estimulante que hubiera sido un pecado no entretener las monótonas vicisitudes del viaje con alguna que otra interesante disertación al respecto. ¿Qué podía tener que ver Fernando Pessoa, el ilustre, el magnífico, el nunca lo suficientemente ponderado, con un rinoceronte

procedente de las Indias? Espinosa no hallaba respuesta para tal interrogante; y, como siempre que se le planteaban enigmas cuya resolución se antojaba dificultosa y aun improbable, lo asumió como un reto y se prometió a sí mismo que intentaría alumbrar alguna hipótesis medianamente plausible.

En el letárgico runrún bamboleante del vagón, Espinosa recordó que fue Alberto Durero quien concedió su definitiva inmortalidad al temible rinoceronte que desaparecería de la tierra sin siquiera sospechar la carga simbólica que adquirirían tanto su mera existencia como su fugaz visita a los dominios portugueses. El pintor alemán no se encontraba en aquellas fechas en Lisboa —una ciudad a la que, para ser exactos, tampoco llegó a viajar nunca—, pero sí dispuso del material necesario para poner su talento al servicio de una causa que pretendía, además de la consecuente notoriedad, arrojar algo de luz sobre las muchas oscuridades del mundo. Cuentan las crónicas que existió un mercader moravo, de nombre Valentim Fernandes, que tuvo el privilegio de observar de cerca al animal sólo unos pocos días después de que éste arribara a la desembocadura del Tajo y que, sin duda embargado por la emoción y por lo tanto aquejado del nefando vicio de la hipóbole, escribió una larga carta a un amigo que residía en Núremberg en la que detallaba, con todo lujo de detalles, las características más destacables de la bestia que el destino había querido poner ante sus ojos. Se ha perdido todo rastro de la misiva original, pero se conserva una traducción al italiano en la Biblioteca Nazionale Centrale de Florencia. En cualquier caso, la Historia, que con frecuen-

cia incurre en burlas y azarosos giros que necesariamente requieren de la ficción para conferirles una cierta apariencia de verosimilitud, ha querido que la carta de Valentim Fernandes, fechada en junio de 1515, haya adquirido tan sólo un valor testimonial en esta concatenación de acontecimientos como signo de la impresión que causó el desembarco del rinoceronte y el temprano eco que la noticia alcanzó a lo largo y ancho del continente. Porque Espinosa también sabía que, por las mismas fechas en que el mercader echaba sus líneas al correo para compartir con su amigo el impacto que en su imaginario personal había provocado la contemplación de aquel ser de resonancias mitológicas, llegaba a Núremberg otra carta, procedente asimismo de Lisboa, escrita por alguien cuyo nombre no llegó a trascender las densas brumas de la posteridad y cuyos párrafos también daban cuenta del suceso, incorporando un añadido en absoluto banal que terminaría jugando un papel irrenunciable en el devenir del arte y la zoología: un boceto realizado por un autor anónimo en el que, en apenas cuatro trazos, se sintetizaban las características más relevantes del rinoceronte. Fueron esos documentos los que tuvo Durero ante sus ojos y los que le sirvieron de base para pergeñar dos dibujos a tinta, el segundo de los cuales se utilizaría para un grabado que se acompañó de una inscripción en alemán en la que podía leerse:

En el primero de mayo del año 1513, el poderoso Rey de Portugal, Manuel de Lisboa, trajo semejante animal vivo desde la India, llamado

rinoceronte. Ésta es una representación fiel. Tiene el color de una tortuga moteada, y está casi completamente cubierto de gruesas escamas. Es del tamaño de un elefante, pero tiene las patas más cortas y es casi invulnerable. Tiene un poderoso y puntiagudo cuerno en la punta de su nariz, que afila en las rocas. Es el enemigo mortal del elefante. El elefante se asusta del rinoceronte, pues, cuando se encuentran, el rinoceronte carga con su cabeza entre sus patas delanteras y desgarrar el estómago del elefante, contra lo que el elefante es incapaz de defenderse. El rinoceronte está tan bien acorazado que el elefante no puede herirlo. Se dice que el rinoceronte es rápido, impetuoso y astuto.

Espinosa siempre había encontrado en ese escrito dos cosas que le llamaban poderosamente la atención: de un lado, el error en la fecha de la llegada del rinoceronte a Lisboa; del otro, la influencia que sobre su redactor ejerce la descripción que del mismo animal hiciera Plinio en el libro VIII de su *Naturalis Historia*, principalmente, en el pasaje en el que se refiere a la rivalidad que la especie mantiene con los elefantes. Como es natural, el grabado de Durero no es, no podía ser, una representación completamente fiel del rinoceronte. El animal inmortalizado por el alemán tiene su cuerpo recubierto por unas placas que asemejen una coraza artificial —y que acaso no sean un simple fruto de la imaginación, si se tiene en cuenta la peripecia

que tuvo que sufrir el mamífero tras su llegada a la capital portuguesa— y en su piel se dibujan unas escamas que podían ser tanto un recurso con el que evidenciar un tacto áspero y hasta viscoso como una simple licencia artística —algunos también apuntan a la posibilidad de que el rinoceronte original, aquél que llegó a Lisboa y al que Valentim Fernandes describió en su carta, padeciera una dermatitis que se habría originado en el transcurso del largo viaje que lo condujo desde su hábitat natural hasta los aposentos del rey Manuel— destinada a destacar aún más las peculiaridades de lo que en aquellos tiempos y en aquellas latitudes no dejaba de ser un monstruo.

Pero Espinosa también sabía que Durero no fue el único, aunque sí quien hizo que la fama de aquel desdichado animal traspasase fronteras. Igual que hubo dos cartas que, de modo simultáneo, acertaron a describir el prodigio y a transportar sus pormenores hasta el otro extremo de Europa, hubo otro alemán, Hans Burgkmair, que pergeñó un grabado en el que describía, con el mayor detalle del que pudo hacerse acreedor, aquel milagro de la naturaleza. Se sabe que Burgkmair mantenía correspondencia habitual con mercaderes y comerciantes de Lisboa y Núremberg, pero no si tuvo acceso a las mismas cartas y el mismo boceto que Durero sujetó entre sus manos, si la información le llegó a través de cualquier otra clase de documento cuya huella se haya perdido o si pudo haber gozado él mismo del privilegio de observar al animal con sus propios ojos. Lo único cierto es que, pese a que la pátina de su obra no obtuviera la misma repercusión que el esbozo de su colega, el rinoceronte de Burgkmair es más preciso

y prescinde de algunos detalles que sólo cabe atribuir al ímpetu imaginativo de Durero. No obstante, basta con confrontarlos para entender por qué el de este último logró hacerse un hueco en el imaginario colectivo de su tiempo mientras que el otro acabó convertido en una suerte de ínfima curiosidad para especialistas. Si el dibujo de Burgkmair no deja de ser la obra digna y minuciosa de un virtuoso de su oficio, la de Durero es fruto del estado de gracia de un artista, esto a Espinosa le gustaba mucho resaltarlo, y es ese carácter el que le imprime una fuerza visual incontestable y rodea sus trazos de un cúmulo de connotaciones que ni siquiera nos es dado barruntar en el retrato de su compatriota. De ahí que del grabado de Durero se acometieran no pocas reimpressiones después que él mismo hiciera la primera, ya en 1515, y que se asumiera hasta finales del siglo XVIII que la suya era la representación más fiel que podía existir de un rinoceronte. El éxito de aquel esbozo fue tan rotundo en el preciso instante en que vio la luz como sostenido a lo largo de los años que siguieron. En él se inspiraron los ilustradores de obras tan emblemáticas dentro del ámbito naturalista como la *Cosmographiae*, de Sebastian Münster (1544); la *Historiae Animalium*, de Conrad Gessner (1551), o la *Histoire of Foure-footed Beastes*, de Edward Topsell (1607). Alessandro de' Medici lo tomó como modelo a la hora de diseñar, en junio de 1536, su propio emblema. En él se basaron los autores de la escultura que se erigió al pie de un obelisco de veintiún metros de altura que diseñó Jean Goujon y que se levantó ante la iglesia del Sepulcro de París para celebrar la llegada a la ciudad del que iba a ser el nuevo rey

de Francia, Enrique II. Una criatura de su misma traza decoró uno de los relieves de una de las puertas de bronce del lado occidental de la catedral de Pisa. Y el rinoceronte empezó a constituir un motivo presente en las más diversas pinturas y esculturas y a servir de modelo para pequeñas figuras de porcelana que no tardaron en popularizarse y adquirir renombre en un continente que, gracias a la expansión marítima, parecía ir acostumbrándose a los milagros.

Espinosa miró por la ventanilla del vagón. Al otro lado del cristal, unos campos amarillentos se extendían hasta tocar el horizonte y un sol avasallador imponía su ley de fuego a un paisaje resignado a su condición de siervo perpetuo de los elementos. Luego, echó un vistazo a sus compañeros de vagón. Nada fuera de lo común ni, por lo tanto, demasiado estimulante: un matrimonio que dormitaba con los auriculares en las orejas, señal de que habían intentado prestar atención a la película que se exhibía en el pequeño televisor ubicado sobre la puerta de acceso al siguiente compartimento; un hombre trajeado que no paraba de escribir en un ordenador portátil y posiblemente estuviese haciendo un viaje de negocios; una chica joven que viajaría para ver a su novio, o a su amante, o que regresaba de mantener un encuentro con él. Espinosa cerró los ojos por ver si conseguía así invocar al sueño, pero lo que le vino fue una nueva pregunta que, pese a su frivolidad, le inquietó: ¿no sería él, Eduardo Espinosa, en tránsito a Lisboa, también un rinoceronte expuesto a la curiosidad de los extraños? ¿No eran los suyos unos intereses ajenos a este mundo? ¿No era la suya una personalidad

irremediablemente adscrita a otra época, a otro orden social, a otras circunstancias? ¿No eran los temas de sus estudios, sus análisis, sus inquietudes, cuestiones que en absoluto revestían importancia para el común de los mortales? ¿No era él también una especie exótica destinada a desnudarse en público, metafóricamente hablando, para la admiración o el regocijo o la burla de cuantos quisieran acercarse a contemplarla? Todas esas preguntas, y sus consiguientes respuestas innecesarias, que en su cabeza tenían en todos los casos un sentido netamente afirmativo, le desasosegaron hasta el punto de que decidió levantarse de su asiento para dar un paseo hasta el vagón cafetería, una sencilla barra con unos pocos taburetes a los que resultaba casi imposible encaramarse sin perder en algún momento el equilibrio. Ya no se hacen trenes como los de antes, dijo para sí Espinosa evocando, sin duda, el ferrocarril en el que años atrás había ido a Lisboa, en el primero de una serie de viajes tan numerosa que ya apenas podía retenerla completa en su memoria. ¿Cuántas veces había ido a Portugal? Más de treinta, teniendo en cuenta que desde que alcanzó esa edad visitó el país en no menos de una ocasión por año y que unos meses atrás había cumplido los sesenta y cuatro. Estaban las ineludibles estancias en Lisboa, una ciudad para la que reservaba la fidelidad que no había podido guardarle a la mujer que nunca tuvo, pero también las conferencias a las que fue invitado en Coímbra, en Braga, en Oporto, y los congresos en los que había participado y que no contabilizaba estrictamente como visitas por constituir episodios tan breves y condensados que apenas le habían permitido disponer de tiempo suficiente

para visitar los rincones por los que siempre deambulaba en sus vocacionales estancias lisboetas. Pero, pese a las muchas veces que había emprendido el mismo camino que ahora recorría, nunca sintió la emoción que le encogió el alma cuando, en aquel mes de abril de 1977, se subió a un ferrocarril de larga distancia en la estación de la pequeña ciudad de provincias en la que ha transcurrido casi toda su vida para aproximarse por primera vez a la capital portuguesa. Mientras bebía el café con leche y el vaso de agua que le había servido el camarero del vagón cafetería, el mismo empleado que unas horas antes había pasado por su compartimento repartiendo auriculares y mantas —en este punto Espinosa pensó en cuánto había decaído todo, en lo lejos que quedaban aquellos tiempos en que los trenes disponían de camareros de verdad—, evocó la desazón ansiosa que entonces le iba produciendo, a medida que pasaban los kilómetros, la impresión de encontrarse cada vez más y más cerca de aquella ciudad de la que tanto había leído y que tanto anhelaba conocer. Qué pena que entonces aún no conociese en profundidad la obra de Pessoa, pensó y era verdad, porque lo hubiese disfrutado mucho más. Porque, cuando realizó aquel viaje inaugural, aún Espinosa no era la figura conocida y respetada en los círculos especializados en la obra pessoana sino un joven recién licenciado en Filosofía y Letras que mostraba una cierta inclinación por la historia de los portugueses y que, sobre todo, guardaba un recuerdo immaculado e ilusionante de la Revolución de los Claveles, de cuyos primeros acontecimientos se había informado a través de las ondas, por pura casualidad, la mañana del 25 de abril

de 1974, cuando, muy temprano, había encendido el aparato de radio que tenía sobre la nevera la dueña de la pensión donde vivía para que al menos una voz lo acompañase mientras tomaba el desayuno antes de acudir a la universidad. Qué raro se le había hecho escuchar aquellas frases con las que un locutor atribulado e indeciso daba a entender, aunque sin formularlo de una manera del todo explícita, que en Portugal los militares habían salido a la calle para defender la libertad. Qué ininteligible resultaba escuchar eso desde un país donde los fusiles se habían puesto al servicio de los tiranos y no disparaban flores, sino balas de verdad. De qué forma el rostro de aquel joven Espinosa, que en el fondo no era tan distinto del Espinosa de ahora, él nunca ha sabido decir si fue siempre un niño viejo o si, por el contrario, es ahora un viejo niño, se empañó de unas lágrimas en las que cohabitaban la alegría por la buena suerte de sus vecinos, no de otro modo concebía a los ciudadanos portugueses, con la rabia de saber que nada hacía sospechar que esas mismas pulsiones se dieran entre sus compatriotas. Con qué atención escuchó aquella misma mañana las discusiones que se produjeron en la universidad —conversaciones en las que él no participó porque siempre ha sido Espinosa hombre de naturaleza pusilánime, poco dado a intervenir si antes no le preguntan, y a Espinosa en aquellos años casi nadie le preguntaba nunca nada— acerca de la noticia y de sus posibles implicaciones. Espinosa recordó todo aquello mientras terminaba el café con leche y el vaso de agua y sonrió con una mezcla de ternura y condescendencia en la que también anidaba un cierto poso de melancolía. Qué inge-

nuos éramos, fue pensando mientras regresaba a la comodidad de su asiento, pero qué ingenuo hay que ser para poder sobrellevar las inclemencias de este mundo. Espinosa buscó una postura en la que no se le resintieran demasiado los huesos y cerró los ojos, pero de pronto, como si el retomar la misma posición implicara reanudar necesariamente el curso interrumpido de sus anteriores pensamientos, la memoria se le fue lejos de su propio tiempo y regresó al siglo XVI y al rinoceronte del rey Manuel, al que encontró una conexión inesperada que Espinosa había conocido muchos años atrás, pero que no iba más allá del mero anecdótico por mucho que ahora —en estos momentos en que se preguntaba quién era él, a dónde se dirigía y si todo habría valido la pena— emergiese de improviso como una ola dispuesta a sumergir bajo su impulso la ciudad que, hasta el momento, aguardaba parsimoniosa su llegada.

Espinosa recordó que el de Lisboa fue el primer rinoceronte que se vio en Europa y también el único hasta que, en el último tramo del siglo, un segundo ejemplar llegó a la corte española de Felipe II, también procedente de las Indias, y se mantuvo vivo en Madrid hasta 1587. La historia de este nuevo animal era, cuando menos, pintoresca, por más que no llegara a gozar de la reputación de su predecesor ni hubiese tenido quién inmortalizara sus rasgos. Se tuvo la primera noticia de su existencia cuando, un día de mayo de 1581, a la mesa donde Felipe II despachaba sus asuntos llegó un mensaje del presidente de la Casa de la Contratación de Sevilla en el que se informaba de la llegada a la ciudad andaluza de un barco procedente de

Java, isla cuyo gobernador, Alonso de Gaitán, había tenido a bien remitir por vía marítima a su monarca un curioso presente en nombre del caudillo indígena Musuturé Fusuma, quien, tras enterarse de que ya no debía vasallaje a la antigua Lusitania, sino a la imperial y próspera España, resolvió agasajar a su nuevo amo y señor con un presente que equiparara la grandeza de su recién adquirido dueño a la de sus superiores pretéritos. «El animal, señor», le escribieron al rey desde la capital andaluza, «es tres veces como un gran buey, se alimenta de yerbas y grano, y tiene la piel gruesa y fuerte como una coraza. Es feroz y tiene un cuerno solo, y como no puede dejársele solo por el gran peligro que ello entraña, viene metido en una recia jaula de hierro». No tardó Felipe II, deseoso siempre de trasladar a la corte y al pueblo cualquier ejemplificación de su poder, en ordenar que se llevara hasta sus predios de Madrid a aquella curiosa bestia, convertida al instante en muestra insoslayable de la amplitud de las posesiones españolas, que abarcaban tierras lo suficientemente exóticas para engendrar criaturas de tal rango, y aquella *abada* —el jefe indígena no conocía el español y había acompañado su regalo de una inscripción en portugués en la que utilizaba ese término para designar al rinoceronte hembra que componía el obsequio— hizo el viaje sin más dilación a la capital del flamante imperio de los Habsburgo. Las crónicas no recogieron el lugar exacto en el que quedó expuesto el animal, aunque se sospecha, con bastante fundamento, que pudo someterse a la exhibición pública en las eras del antiguo monasterio de San Martín. Allí, según tradición extendida por los mentideros de la otrora grandiosa villa y

corte, permaneció encerrado en su jaula para regocijo de los viandantes que a diario acudían a sus inmediaciones con el propósito de admirar aquel prodigio de la zoología y atemorizarse con su aspecto amenazador de tan inabarcable. Uno de aquellos curiosos era, según se había contado siempre, un joven panadero que estaba a cargo de un horno cercano y que pronto tuvo a bien llevar al rinoceronte algún que otro bollo recién salido de su obrador para que la bestia calmara sus apetitos, amansando de esa forma posibles arrebatos bélicos que pudieran empujarla a romper los gruesos barrotes entre los que la habían confinado. La relación entre hombre y animal cuajó, y parece que se fue haciendo tan estrecha que llegó un momento en el que el aún imberbe artesano de la harina se atrevió a penetrar en la jaula del portento para entregarle las viandas en su misma boca —era de suponer, pensó Espinosa, que con la aquiescencia de los alguaciles que hacían vigilancia día y noche para evitar disgustos—, y que el experimento fue tan satisfactorio que se acabó convirtiendo en su proceder habitual. Así, jornada tras jornada, el panadero acudía a las inmediaciones del cenobio, abría la gruesa puerta de la jaula y durante unos segundos creía comulgar con un leviatán que parecía amansarse en cuanto veía venir a su inesperado benefactor y preparaba sus fauces para la ingesta. Sin embargo, llegó el momento en el que el celo del buen zagal lo echó todo a perder. Víctima de su vocación por agradar al rinoceronte, le llevó un bollo de factura tan reciente que aún quemaba cuando el bicho, como era su costumbre, lo tomó directamente de su mano. Fue al sentir cómo el fuego hacía mella en su estómago

cuando el rinoceronte, según contaron testigos presenciales y se ha venido transmitiendo a lo largo de los siglos, entró en cólera, corneó a su benefactor hasta matarlo y, aprovechando el descontrol que floreció en las inmediaciones de su celda y la eventualidad de que la puerta de ésta se encontrase abierta, pues nunca se cerraba mientras el panadero estaba dentro, salió al exterior y emprendió una loca huida que concluiría en los alrededores de la Puerta del Sol con el animal lanceteado y una multitud incrédula hacinada en torno a su cadáver. De este rinoceronte hembra, y de su infortunada aventura en el corazón de los dominios de Felipe II, no ha quedado mayor constancia: no tuvo quién lo pintara ni se observó su presencia en la corte como una noticia cuya excepcionalidad requiriese un tratamiento detallado, acaso porque todos sabían que su estancia allí no era más que una mala evocación de la peripecia vivida por su antecesor años atrás en la ciudad de Lisboa. Sólo un vestigio de su visita ha sobrevivido al tiempo: una estrecha arteria que nace en la plaza del Carmen para desembocar en el epicentro sentimental de la Gran Vía, entre los antiguos cines Avenida y el Palacio de la Música, y cuyo nombre, «calle de la Abada», recuerda que fue por su trazado por donde emprendió la malograda criatura aquella huida que la condujo a extinguir sus días bajo el límpido cielo de la estepa castellana. Nunca había sentido Espinosa una gran inquietud hacia la zoología, pero qué gracia le había hecho, cuando supo de ella, aquella interpretación de los rinocerontes como el epítome del Nuevo Mundo, y el modo en que se convirtieron en emblema de un rincón por descubrir en el que, paradójica-

mente, todo parecía aderezado con las resonancias míticas que siempre les atribuimos a las épocas pasadas.

Porque, continuó recordando Espinosa, pese a esta segunda irrupción de un rinoceronte en tierras europeas, el canon mantuvo el dibujo de Durero como la representación más fidedigna que se había acometido de esas criaturas, pero esa condición referencial empezó a extinguirse en el siglo XVIII, cuando los pagos occidentales acogieron más muestras de esa especie y hubo quienes las representaron no con más acierto, Espinosa no se atrevía a llegar tan lejos, pero sí con un mayor respeto por la adecuación al modelo original. Alrededor de 1790, George Stubbs pintó un gran retrato de un rinoceronte en la ciudad de Londres, y unos años antes, en 1749, Jean-Baptiste Oudry había reflejado en un gran lienzo a *Clara*, una *abada* procedente de la India que llegó a Europa a través del puerto de Rotterdam y fue el quinto ejemplar de la especie desembarcado en las orillas de esta parte del mundo. Nacida en 1738, *Clara* pronto ganó un cierto estatus que la convirtió en una suerte de antecedente de las estrellas mediáticas de nuestros días, según apreciación del propio Espinosa. Cuando apenas contaba un mes de edad, fue adoptada por Jan Albert Sichterman, director de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, después de que unos cazadores mataran a su madre. Sichterman se encargó de domesticarla y se la regaló, dos años más tarde, a Douwe Mout van der Meer, capitán del navío *Knappenhof*, que regresó con ella a los Países Bajos. El desembarco en el puerto de Rotterdam y las posteriores exhibiciones en Bruselas y Hamburgo causaron tal expectación que Van

der Meer dejó su trabajo para dedicarse en exclusiva a mostrar a su criatura por tierras europeas. *Clara* estuvo, así, en Hannover, Berlín, Breslavia, Viena, Ratisbona, Friburgo, Dresde, Leipzig, Mannheim, Estrasburgo, Berna, Zúrich, Basilea, Stuttgart, Augsburg, Núremberg, Würzburg, Reims, París, Marsella, Nápoles, Roma —donde se le cayó el cuerno como consecuencia de lo mucho que lo rozó, en el transcurso de su cautiverio, contra los barrotes de la jaula—, Bolonia, Milán, Venecia, Verona, Londres, Praga, Varsovia y Copenhague, convertida en un fenómeno de masas y forzosamente resignada a comprender su vida como un largo periplo al que sólo puso fin su muerte, acaecida en 1758, cuando el animal afrontaba su segunda estancia en Londres para exhibirse en el Horse and Groom de Lamberth ante todos aquellos que abonaran el módico precio de las entradas, que oscilaba entre los seis peniques y el chelín. A finales de ese siglo, cuando *Clara* había sido vista por centenares de personas y los rinocerontes ya no suponían una novedad para los ojos de los habitantes de la vieja Europa, el viajero James Bruce de Kinnaird describió la ilustración de Durero como «maravillosamente mal ejecutada» y daba de esa forma fe de su inevitable desfase. Sin embargo, la creación del artista alemán no perdió del todo el aliento de su magia: en la década de 1930 aún adornaba los libros de texto de los niños alemanes, y no han sido pocos los artistas que se inspiraron en ese grabado a la hora de engendrar ellos mismos sus propios rinocerontes. Puede que en esa mística repose, concluyó Espinosa, el soplido mítico del rinoceronte original, aquel animal que un lejano día de los albores del siglo XVI se vio obligado a

abandonar su hogar en las Indias para descubrir que allá lejos, en el confín más occidental de Europa, existía un país que se llamaba Portugal, y una ciudad que se llamaba Lisboa.